

José Cardoso Pires, escritor

“Lisboa es una ciudad abierta”

Arturo San Agustín



LA ENTREVISTA

Sólo alguien que soñaba ángeles trapecis-tas mientras le llegaban a través de la ventana la música de un tiovivo y los rugidos de un circo puede escribir un libro de su ciudad. Este gran escritor portugués acaba de publicar *Lisboa*, que es requisito indispensable para todos aquellos que quieran vivir la oceánica capital portuguesa con la excusa de la Expo.

—¿A qué huele Lisboa?

—En invierno a castañas, que los vendedores asan en las calles. Lisboa huele a pescado a la parrilla desde el Barrio Alto a Carmide. En Santos y el Cais do Sodré huele a aparejos marineros. En la Rua do Arsenal huele a pescado salado y seco. Y en A Lapa, en verano, huele a flores.

—¿Se equivocó el director de cine Alain Tanner al definir a Lisboa como la ciudad blanca?

—Totalmente. Debe tratarse de una metáfora demasiado fácil. Lisboa no es una ciudad blanca. Si tiene una luz muy fuerte y particular. Es el ocre el color que más se observa en Lisboa. También se observan el verde y el amarillo.

—¿Sostiene usted lo mismo que sostiene Tabucchi?

—Je, je. ¿Se refiere a los suicidios?

—Sí. “Lisboa ofrece una considerable variedad de alternativas para un digno suicidio”.

—Estoy de acuerdo con él. Lisboa tiene lugares muy bonitos para suicidarse. Al ser una ciudad de colinas, quizá el ascensor de Santa Justa sea uno de ellos. Desde el mismo se domina el río Tajo. ¿Sabe usted que en Lisboa uno de los cementerios se llama Cementerio de los Placeres?

—No.

—Pues existe. Sin duda, Tabucchi habló del suicidio irónicamente. El lisboeta, por naturaleza, suele ser muy dramático. Como una parte del fado, que es la muerte romántica. Byron escribió que ese romanticismo es muy propio de los portugueses.

—¿Qué tiene el río Tajo?

—Que cuando llega a Lisboa tiene apariencia de mar. En Lisboa no se siente el río sino el mar.

—¿La distancia —toda distancia— inventa ciudades?

—Sí. La distancia suele darnos una panorámica

general que elimina la necesaria complicidad entre el observador, el viajero, y la ciudad propiamente dicha. También la distancia en el tiempo inventa ciudades, porque sólo retiene determinadas partes de esa ciudad. Se ama a una ciudad por la complicidad que se tiene con ella.

—¿Debemos descubrir siempre por cuenta propia?

—Desde luego. Lo verdaderamente importante no es que uno interroge a la ciudad, sino que uno se sienta interrogado por ella. Es bueno que cuando un viajero llega a una ciudad, ésta le cree dudas.

—Dice usted que tuvo una infancia de ventanilla y soledad.

—No sé si de soledad, pero desde luego mi infancia no fue muy feliz. La Lisboa actual es para mí mucho mejor que la del pasado. Hoy la amo muchísimo más que cuando era niño. Aquella Lisboa de mi infancia era la capital de una dictadura. Ahora es una ciudad abierta, que va a verse muy favorecida con la Expo.

—¿La Lisboa de Fernando Pessoa es más interior que real?

—Sí. La suya era una Lisboa inventada. Creo que Cesário Verde, un poeta poco conocido fuera de Portugal, refleja mejor que Pessoa la Lisboa cotidiana. Fue un gran cantor de la misma.

—¿También le daba a la grappa?

—Quizá no tanto, porque Pessoa se bebió Lisboa. Pese a tener un comportamiento aristocrático, Pessoa gustaba de las tertulias y de los tragos en las tabernas.

—¿De qué hablarán la estatua de Pessoa y la de ese fraile, según usted, putaño, llamado Chiado?

—Esa estatua de Chiado es un misterio, porque no sé cuando la inauguraron. Quizá en los principios de la República. Lo cierto es que ese fraile fue un poeta menor que escribía versos jocosos, ventrílocuo y gran granuja, según cuentan. Fraile de putas tabernarias. Así lo despacha Alfonso Alvares. Se apellidaba Ribeiro, pero lo llamaban Chiado. De él deriva el nombre del barrio.

—¿Qué le preguntaba Alexandre O’Neill a la supuesta estatua de Don Pedro IV de Portugal?

—“Que fazemos nós, Lisboa, os dois aqui na terra em que nascemos e eu nasci”. Es decir: “Qué hacemos nosotros, Lisboa, los dos aquí, en la tierra en que nacemos y yo nací”. No sé si usted sabe que, por un despiste del escultor, la estatua que en el Rossio finge ser Don Pedro IV de Portugal es en realidad el emperador Maximiliano de México. Estos errores impresionan mucho a las personas sentimentales.

—Largo do Carmo. Año 1974.

—Ah. Como digo en el libro, en ese lugar viví los momentos más intensos de mi vida. Era primavera. Lisboa había acorralado en un cuartel situado en el



Hasta los
daltónicos
discuten sobre
el color
de Lisboa.
Así lo cree
este maestro
del relato

C A B A N E 98

Largo do Carmo a Marcelo Caetano y parte de sus ministros, es decir, a los dueños de la dictadura. Allí se habían escondido. Todo comenzó en la madrugada. Lisboa había proclamado la Revolución de los Claveles.

-¿Qué tiene el metro de Lisboa?

-Que no es un tren ciego. El metro de Lisboa es luminoso, limpio, y cada estación está muy relacionada con la zona en que está enclavada. El metro de Lisboa es como un museo. En él hay pinturas, esculturas, exposiciones de fotografías. En una de sus estaciones se ofrecen conciertos. Todas las estaciones del metro de Lisboa están llenas de arte.

-¿Se le suele encontrar a usted en el bar O Procópio?

-Sí. En mi libro lo describo como un bar tocado

por una vaga brisa posromántica, sillas de terciopelo, reflejos de art-decó, reloj caballito y quinqués de Guimard.

-A ese personaje que usted creó, Sebastiao Opus Night, no le gusta ese bar.

-Je, je. Lo considera pretencioso y demasiado lleno de políticos e intelectuales. Como falso aristócrata que es, la decoración le parece excesivamente burguesa.

-¿A dónde vamos a comer?

-Podríamos ir al Gambrinus o el Conventual a comer pescado, acompañado de *papa açorda*, un bocado hecho a base de pan, huevos y aceite. El vino podría ser un Quinto do Carmo, que es un tinto del Alentejo. ¿Hace?

Hecho.